

cabalgará centauros.

Bajos los efectos de la poesía,
se ven blancas galaxias expandiéndose
en el ojo de la cerradura
y violines viejísimos
mudando el polvo de sus plumas.

No importa cuál sea su pasión,
fe, raza, sexo, edad
o ensoñación política,
no debe avergonzarse de volar
bajo los efectos de la poesía.

ISLA

Hay una isla que no aparece
en las cartas de marear,
una isla opaca que a veces brilla
en el mar del imaginar.
Al norte limita con el albatros,
al fondo con la oscuridad,
colinda al este con el desvío
y en el viento con la verdad.
Patria vetusta, en sus confines
basta para vivir la libertad
el oro poco de la semejanza
y la metáfora del pan.
Su territorio está habitado
por la hermosura pertinaz
y más que tierra es un pensamiento
que se diluye sin cesar.
Plinio encerró su fauna herida
en un zoológico mental;
y en la última rama de sus brumas

cuelga el vellocino real.
Sus ríos caudales van a dar al sueño
persistente de lo fugaz;
allí, junto al bajel desmantelado,
salta el pez de la ambigüedad.
Solo en el mapa del delirio abierto
este país tiene lugar.
Ítaca, Arcadia, Aleph, Utopos
Thule... ¿cuál es su identidad?
Ni los mustios andamios de Bizancio,
ni los cafés de Montparnasse,
ni el colgante aroma de Babilonia,
ni un cementerio junto al mar
tienen la gracia inacabable
de este país por inventar.

PALABRAS SON PALABRAS

A María Vaquero

Un poema es una plaza blanca poblada de palomas.
Una plaza cualquiera, con tal de que haya gente
que les dé de comer. ¿Recuerdas las sílabas antiguas
sobrevolando el aire de Zocodover? ¿O aquellas
que en la Mayor de Salamanca al frío
corrían a guardarse bajo los soportales?
¿Recuerdas las torcaces de Asturias
y las que en Cuba el viento echó de vuelta al viento?
¿Y el dorado cantón de San Millán
que abrigó los sonidos cuando apenas
si cañones tenían en las alas?
¿Las plazas de la Isla, las recuerdas,
una plaza ella misma sobre el inquieto mar
de las pronunciaciones? ¿Y el mar muerto del Zócalo